



## EL OCHAVO ROBADO

**E**n cierta ocasión estaba sentado a la mesa un padre con su mujer y sus hijos así como con un buen amigo, que había venido a visitarles. Todos se hallaban allí reunidos y, al dar las doce, el huésped vio que se abría la puerta y por ella entraba un niño pálido como la cera, vestido de blanco. No miró a su alrededor ni dijo una sola palabra, sino que se dirigió directamente a la habitación de al lado. Poco después volvió y salió de nuevo sin hacer ruido por la puerta. Lo mismo ocurrió el segundo día, y también el tercero. Al fin el amigo preguntó al padre que de quién era ese precioso niño que todos los días al mediodía se dirigía a la habitación de al lado.

-Yo no lo he visto -respondió-, y no sabría decir quién es.

Al día siguiente, cuando apareció de nuevo, el huésped se lo indicó al padre, pero éste no veía nada y tampoco la mujer ni los hijos. Entonces el huésped se levantó, se acercó a la puerta de la habitación, la abrió un poquito y miró al interior del cuarto. Allí vio al niño, sentado en el suelo, hurgando y escarbando afanosamente por entre las rendijas del suelo. Pero al descubrir al huésped desapareció. Entonces él contó lo que había visto y describió al niño con todo detalle. Y la madre lo reconoció, y dijo:

-¡Ay!, es mi querido hijito que murió hace cuatro semanas.

Levantaron las tablas del piso y encontraron dos ochavos que un día le dio su madre para que él los diera a un pobre. Pero él se había dicho: “*Con esto bien puedes comprarte una galleta*”, de modo que se guardó los ochavos y los escondió en las rendijas del piso. Por eso no podía encontrar la paz en su tumba y había venido todos los días a mediodía para buscar los ochavos. Acto seguido los padres entregaron aquel dinero a un pobre, y desde entonces no se ha vuelto a ver al niño.

&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&

## LOS EMISARIOS DE LA MUERTE

**E**n los tiempos de Maricastaña caminaba en cierta ocasión un gigante por el camino real, cuando le salió al encuentro de repente un desconocido que le gritó:

-¡Alto! ¡Ni un paso más!

-Pero ¿qué dices tú, milhombres? -dijo el gigante-, tú a quien yo puedo aplastar con dos dedos ¿pretendes cortarme el paso? ¿Quién eres tú, para atreverte a interpelarme con tanta bravuconería?

-Soy la muerte -repuso el otro-, a mí nadie se me puede oponer y tú también has de obedecer mis órdenes.

Pero el gigante se negó y comenzó a luchar con la muerte. Fue un combate largo y violento. Finalmente se impuso el gigante, que propinó a la muerte un puñetazo tal que la hizo derrumbarse junto a una piedra del camino. El gigante siguió andando, mientras la muerte quedaba allí tendida, tan débil que no podía ni ponerse en pie.

-¿Qué ocurrirá ahora -dijo-, si yo me quedo en este rincón del mundo? No morirá nadie y aumentará el número de seres humanos de tal manera que no tendrán sitio ni para estar de pie unos al lado de los otros.

En esto un joven, alegre y sano, apareció en el camino. Iba cantando una canción y mirando distraído aquí y allá. Cuando divisó en el suelo a aquella figura medio desvanecida, se aproximó compasivo, la incorporó, le administró un buen trago de su botella y esperó a que recuperase las fuerzas.

-¿Sabes acaso -dijo al extraño mientras se levantaba-, quién soy yo y a quién has ayudado a ponerse de nuevo en pie?

-No -respondió el joven-, no te conozco.

-Yo soy la muerte -dijo-, no perdono a nadie y tampoco puedo hacer una excepción contigo. Pero para que veas que te estoy agradecida, te prometo que no te atacaré de repente, sino que te enviaré mis emisarios antes de ir a buscarte.

-Estupendo -dijo el joven-, así tengo al menos la ventaja de saber cuándo vas a venir y hasta entonces estaré a salvo de ti.

Luego siguió su camino. Estaba alegre y de buen humor y se dedicó a vivir sin pensar en el mañana. Pero juventud y salud no duraron mucho. Pronto aparecieron enfermedades y dolores que le afligían durante el día y por la noche le impedían descansar: *“Pero no voy a morir -se decía-, pues la muerte ha de enviar antes a sus emisarios. Sólo desearía que ya hubieran pasado estos malos días de la enfermedad.”* Tan pronto como se sintió curado, empezó de nuevo a vivir alegremente. Y ocurrió que un buen día alguien le dio un golpecito en el hombro. Se dio la vuelta y se encontró que la muerte estaba detrás de él y le decía:

-Sígueme, ha llegado la hora de que abandones este mundo.

-¡Cómo! -repuso el hombre-, ¿vas a faltar a tu palabra? ¿No me prometiste que me enviarías a tus emisarios antes de venir en persona? Yo no he visto a ninguno.

-Calla -contestó la muerte-, ¿acaso no te he enviado un emisario tras otro? ¿No vino la fiebre, que te sacudió, te zarandeó y te postró en cama? ¿Y no te obnubiló la mente el vértigo? ¿No te retorció la gota todos tus miembros? ¿No te corroía las mandíbulas el dolor de muelas? ¿No notabas cómo se te nublaban los ojos? Y, además, ¿no te ha hecho pensar en mí todas las noches mi hermano terrenal, el sueño? ¿Acaso no pasabas la noche tumbado, como si estuvieras muerto?

El hombre no supo qué contestar, se resignó con su suerte y se fue con la muerte.



Ante semejante demanda, el campesino se sintió atemorizado, pero en la situación de penuria en la que se encontraba hubiera aceptado cualquier cosa. De manera que consintió en ello y llevó el trigo a su casa.

Fue como si el rico hubiera presentido lo que iba a ocurrir. Tres días más tarde cayó al suelo muerto. Nadie sabía exactamente cómo había ocurrido, pero nadie le lloró. Después de que lo enterraran, se acordó el pobre de su promesa. Bien que le hubiera gustado librarse de ella, pero pensó: “*Él fue generoso contigo, y aunque no hubiera sido así, una vez que tú has dado tu palabra, tienes que mantenerla.*” Así que al anochecer fue al cementerio y se sentó sobre el montículo de la sepultura. De vez en cuando pasaba volando un búho que dejaba oír su lastimero canto. Cuando amaneció volvió el pobre hombre a su casa. E igual de tranquila pasó la segunda noche. Una especial sensación de temor le invadió al atardecer del tercer día. Se sentía inquieto, amenazado por un peligro desconocido. Cuando salió de casa descubrió junto al muro del cementerio a un hombre a quien nunca había visto antes. Ya no era joven, tenía el rostro cruzado de cicatrices y sus ojos, de mirada penetrante y fogosa, observaban el entorno en el que se hallaba. Un viejo abrigo, que sólo dejaba ver unas grandes botas de montar, le cubría por completo.

-¿Qué busca usted aquí? -le interpeló el campesino-, ¿acaso no le asusta encontrarse en este solitario cementerio?

-Nada busco -respondió-, pero tampoco temo nada. Soy como aquel joven del cuento [nota: Referencia al cuento número 4 de la colección de los hermanos Grimm: *Märchen von einem der auszog, das Fürchten zu lernen* (Cuento de uno que se fue de casa para aprender lo que es el miedo) que salió de su casa para conocer el miedo, esforzándose inútilmente por conseguirlo y, en cambio, acabó por casarse con la hija del rey y logró así grandes riquezas. Tan sólo soy un soldado licenciado y pretendo pasar aquí la noche, porque no tengo otro cobijo.

-Pues si usted no tiene miedo -dijo el campesino-, quédese conmigo y acompáñeme a vigilar la tumba que está allá arriba.

-Hacer guardia es cosa de soldados -respondió el soldado-. Juntos haremos frente a lo que nos pueda suceder, para bien o para mal.

El campesino aceptó y se sentaron ambos sobre la tumba. Todo permaneció tranquilo hasta la medianoche. Entonces atravesó la noche un silbido penetrante y agudo, y en el mismo momento los dos guardianes descubrieron al Malo [nota: El Malo, Señor de las rojas plumas, tirabrasas, el Negro, eufemismos populares y muy expresivos para hacer referencia al Diablo], que estaba ante ellos en carne y hueso.

-¡Largo de aquí, granujas! -les gritó-, el que yace en esa tumba me pertenece. Vengo a buscarlo y si no os largáis os retorceré el pescuezo.

-Señor de las rojas plumas -dijo el soldado-, usted no es mi capitán, así que no tengo por qué obedecerle. Por otra parte todavía no sé lo que es temblar de miedo. Siga usted su camino, porque nosotros no tenemos intención de movernos de aquí.

El diablo pensó: “*La mejor manera de atrapar a estos harapientos es con oro.*” Y cambió de actitud. Utilizando maneras más suaves, les preguntó si no estarían dispuestos a aceptar una bolsa de oro a cambio de que se fueran a casa.

-Eso suena bien -dijo el soldado-, pero con una bolsa no nos conformamos. Si usted está dispuesto a darnos tanto oro como quepa en una de mis botas, entonces despejaremos el campo y nos retiraremos.

-No llevo tanto encima -dijo el diablo-, pero voy a buscarlo. En la ciudad vecina vive un cambista, buen amigo mío, que me adelantará con gusto cuanto necesite.

Cuando desapareció el diablo, el soldado se quitó la bota izquierda y dijo:

-A ese tirabrasas le vamos a dejar con un palmo de narices. Deme su cuchillo, compañero.

Quitó la suela de la bota y colocó ésta junto al montículo entre las altas hierbas, al borde de una fosa cubierta de matorrales.

-Estamos preparados -dijo-, ahora ya puede venir ese deshollinador.

Ambos se sentaron a esperar. Y no pasó mucho tiempo cuando apareció el diablo con un saquito de oro en la mano.

-Échalo dentro -dijo el soldado levantando un poco la bota-, pero no creo que esto sea suficiente.

El Negro vació el saquito. El oro cayó por la bota, pero ésta seguía vacía.

-Diablo estúpido -exclamó el soldado-, no sirve. ¿No lo dije tan pronto como lo vi? ¡Vuelva por donde ha venido y traiga más!

El diablo asintió con la cabeza, se fue y volvió una hora más tarde con un saco mucho más grande bajo el brazo.

-Échelo dentro -exclamó el soldado-, pero dudo mucho de que se llene la bota.

El oro tintineó al caer, pero la bota seguía vacía. El diablo miró con sus propios ojos ardientes y se convenció de la realidad.

-Tiene usted unas pantorrillas condenadamente gordas -gritó, torciendo el gesto.

-¿Acaso creía usted -repuso el soldado-, que tenía yo pezuñas como las tuyas? ¿Desde cuándo es usted tan agarrado? Consiga más oro, pues de lo contrario se anula el trato.

El espíritu maligno se escabulló de nuevo. Pero esta vez estuvo fuera más tiempo, y cuando al fin apareció, venía jadeando bajo el peso de un saco que traía esta vez al hombro. Lo echó en la bota, que siguió tan vacía como antes. Encolerizado, trató de arrebatar la bota al soldado. Pero en ese momento apareció en el cielo el primer rayo del sol naciente, y el espíritu infernal huyó entre grandes alaridos. La pobre alma estaba salvada.

El campesino quiso dividir el oro con el soldado, pero éste dijo:

-Da a los pobres lo que me corresponda, que yo me voy contigo a tu cabaña y con el resto viviremos juntos en paz y tranquilidad el tiempo que Dios disponga.

